





www.elboomeran.com

*Grifo*

---

**RBA NARRATIVAS**



www.elboomeran.com

CHARLES BAXTER

# GRIFO

*Traducción de*  
EUGENIA VÁZQUEZ NACARINO

**RBA**

www.elboomeran.com

Título original inglés: *Gryphon*.

© Charles Baxter, 2011.

© de la traducción: Eugenia Vázquez Nacarino, 2012.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2012.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

*Primera edición en esta colección: octubre de 2012.*

REF.: OAF1753

ISBN: 978-84-9006-389-7

DEPÓSITO LEGAL: B. 23.816-2012

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

PARA DAN FRANK  
Y EN MEMORIA DE  
MICHAEL STEINBERG





## CONTENIDO

El aspirante a padre,	11
Los cincuenta y dos años de casados de Horace y Margaret,	30
La armonía del mundo,	47
Viaje de invierno,	75
Alegría inesperada,	90
El undécimo piso,	114
Grifo,	138
La madre de Fenstad,	160
Westland,	177
Refugio,	202
Nieve,	223
Los desaparecidos,	236
A un beso de distancia,	267
El próximo edificio que volaré por los aires,	302
El espectáculo de la riada,	310
Los remedios del amor,	328
Pobre diablo,	346
Fantasmas,	363
Azul real,	389
El viejo asesino,	411
El Señor del Miedo,	437
Los primos,	459
El ganador,	485



## EL ASPIRANTE A PADRE

Mientras limpiaba la encimera de la cocina después de cenar, Burrage miró casualmente por la ventana junto al fregadero y vio la cara de una mujer que escudriñaba desde fuera. Tenía una expresión fisgona, pero simpática. Era la cara de la señora Schultz, que vivía al otro lado de la calle y solía deambular por el complejo de apartamentos Heritage al anochecer, bajo el efecto de los fuertes fármacos para los dolores que le daban después de cenar y a la hora de irse a la cama.

—Hola, señora Schultz —dijo Burrage, saludando con el estropajo—. ¿Se encuentra bien? ¿Sabe dónde está?

—Creo que sí —dijo ella, devolviéndole el saludo con la mano. Llevaba el pelo canoso liado en lo alto de la cabeza, y las arrugas alrededor de su boca se levantaban cuando sonreía—. Supongo que lo sé, si estoy enfrente de mi casa y tú eres quien creo que eres. Quería ver a ese chico tuyo. Y, además, tengo sed. ¿Puedes pasarme un vaso de agua por la ventana?

—No puedo, señora Schultz —dijo Burrage. Con el aire añado y absorto que era habitual en él, señaló la ventana—. Hay mosquitera. Y Gregory ya está en pijama. ¿Ve que se está haciendo tarde? —La señora Schultz miró hacia arriba, pero aún era temprano para que hubiera estrellas. Aun así, asintió—. Vamos, la acompaño a casa. —Se secó las manos, sirvió un vaso de agua y echó una ojeada hacia el pasillo. La puerta de Gregory estaba cerrada, pero Burrage lo oyó cantando. Salió con el agua para la anciana, que lo esperaba cerca de la tuya, moviendo lentamente la mano izquierda en el aire, de atrás ha-

cia delante. Burrage se dio cuenta de que intentaba ahuyentar los mosquitos—. Tenga —dijo, poniéndole el vaso en la otra mano.

Ella tomó un sorbo, le dio las gracias y se lo devolvió. Entonces lo agarró del brazo y cruzaron la calle. Era primavera, y Burrage oyó a lo lejos niños jugando al sóftbol.

—Dices que es tarde, pero yo no veo ninguna estrella —dijo la señora Schultz.

Cruzaron la acera hasta la puerta de su casa, abierta de par en par, y Burrage la hizo dar media vuelta para mirar hacia la acera de enfrente. Del interior de la vivienda salía siempre olor a cebolla, o a algo agrio, señal de que la anciana había perdido facultades para ocuparse de la casa con eficacia.

—Los días son más largos ahora, señora Schultz. Por el horario de verano. Mire el cielo, por encima del techo de mi garage. ¿Qué ve? ¿Ve algo?

—Veo un punto —dijo ella.

—Ese punto es Marte —le explicó Burrage, exhalando un suspiro—. El planeta rojo. ¿Lo ve? Sí que está oscureciendo. Bueno, la dejo aquí, ¿de acuerdo? Y ahora haga el favor de entrar en casa. Procure descansar un poco. ¿Estará bien? —La señora Schultz le miraba fijamente los botones de la camisa—. Debería procurar estar bien —le dijo Burrage.

—Oh, eres tú quien me preocupa, no yo —dijo la mujer—. Qué hace un hombre en tu lugar, si puede saberse. Y el punto ese, Marte, está encima de tu casa, ¿no? No está encima de la mía. —Lo miró con cara de «Eh, que no soy tan tonta»—. De todas formas, gracias. Ahora me meto en casa. Dale las buenas noches de mi parte a tu chico.

—Lo haré.

La señora Schultz dio media vuelta otra vez y entró. Burrage la vio irse por el pasillo arrastrando los pies, hacia la silla del salón frente a un televisor perpetuamente encendido. Tanteó la puerta por dentro para comprobar que el pestillo no estuviera trabado y cerró antes de volver a su casa.

Gregory estaba de rodillas junto a la cama, con los brazos estirados en el edredón de *patchwork*, apretando los dedos. La única luz de la habitación procedía de una lámpara en forma de fox terrier que por la noche se quedaba encendida y, con su resplandor pálido, hacía que la cama y la cómoda parecieran de juguete, utilería de un número de circo. Gregory, de cinco años, le estaba rezando a Papá Noel. Con la cara enterrada en el edredón, las palabras salían ahogadas en un rumor de deseos.

En la otra punta de la habitación había una estrecha mecedora, al lado de una mesita baja con un autobús de dos pisos a cuerda y un cenicero encima. De la pared colgaba un póster del oso Paddington, que empezaba a parecer demasiado infantil para la edad del niño. La rutina de Burrage era entrar en el cuarto, darle un beso de buenas noches a Gregory, encender un cigarro y poner en marcha la casetera del chico, siempre con las mismas canciones, los grandes éxitos de Glenn Miller, empezando por *Moonlight Serenade*. Cuando Burrage, de niño, sufría de asma y no podía dormir, su madre le ponía a Glenn Miller en el gramófono, y así se acostumbró a dormirse con música de orquesta de *jazz*.

Terminadas sus oraciones, el niño subió a la cama y esperó a que Burrage fuera a arrojárselo. Se había habituado a los cigarrillos de Burrage y ahora le gustaba ese olor a la hora de acostarse. Cuando Burrage entró, le dio un beso a Gregory y, como de costumbre, se sentó para estar cerca del cenicero, antes de poner la cinta de música.

—¿Dónde estabas? —preguntó Gregory.

—Ha venido la señora Schultz. He tenido que ayudarla a cruzar la calle. —Aguardó un momento—. ¿Has rezado tus oraciones?

—Sí —dijo el niño. Cogió su dragón de peluche e hizo un ruido.

—Eso qué ha sido, ¿un rugido o un bostezo? —preguntó Burrage.

—Tiene sueño —dijo el niño—. Cuéntame un cuento. Cuéntame un cuento donde salga yo. Dime mi horóscopo. —Como siempre, se encalló en la palabra—. ¿Qué pasará mañana?

—¿No quieres un cuento del conejito, o algo así?

—No. Mi horóscopo.

—Vale. —Burrage respiró hondo—. Mañana los planetas estarán en una posición favorable, especialmente Mercurio y Venus. Cuidarán bien de ti, igual que hoy. Las estrellas están muy interesadas en lo que te pasará mañana en la escuela, y quieren saber cómo te va. Quieren saber si te has aprendido el abecedario, y si ya te llevas mejor con Rosemary.

—No me cae bien —dijo el niño—. Da patadas a la gente y me roba galletas del almuerzo.

—Las estrellas te protegerán —dijo Burrage, en voz baja—. Cuando veas a Rosemary, apártate de su camino y haz otra cosa. A veces se porta un poco mal, eso es todo. Me dice tu horóscopo que encontrarás un montón de colores y barro para jugar.

—Un tren —dijo el niño, somnoliento.

—Encontrarás un tren —dijo Burrage, exhalando el humo del cigarro—, y podrás jugar con ese tren si lo compartes. Rosemary no te molestará. En cualquier caso, será un día estupendo. Los planetas y las estrellas han decidido que por la mañana hará sol, así que también saldrás al patio a jugar con la arena o a trepar por las barras. Te reirás mucho y hay bastantes posibilidades de que juegues al escondite. Tengo la sensación de que mañana habrá sándwiches de mantequilla de cacahuete en tu fiamblera. Ahora a dormir. Dulces sueños.

Medio dormido, el niño hizo varios rugidos de dragón. Burrage se recostó en la mecedora a acabarse el cigarro, escuchando a Glenn Miller.

En realidad Burrage es el tío de Gregory. El hermano de Burrage, Cecil, padre de Gregory, volvía con Virginia, su mujer, de ver

una película cuando chocaron de frente en una zona residencial de Ann Arbor con un chaval que estaba probando la potencia del Corvette de su padre. En aquel momento, Burrage vivía con una pelirroja llamada Leslie, que de todos modos estaba a punto de mudarse: su empresa la trasladaba a Seattle. Muy poco de lo que le ocurrió a Burrage en ese periodo de su vida se fijó en su memoria permanente. El teléfono sonaba a todas horas, y había que hablar con abogados cuyos nombres no recordaba nunca. Tuvo que ir en persona varias veces a la comisaría a firmar documentos. En el testamento de Cecil y Virginia constaba de manera explícita su deseo de que Burrage fuera el tutor de su hijo si les ocurría algo; Burrage sabía de la existencia de ese testamento, pero pensó que nunca habría necesidad de sacarlo de la caja de seguridad donde lo guardaron en su día al resguardo de la luz.

Se tomó una excedencia en el banco y pasó dos semanas en casa de su madre, en Grosse Pointe Shores, donde intentó asimilar el impacto de la muerte de su hermano y su cuñada, y acostumbrarse a tener a Gregory revoloteando a todas horas a su alrededor. A Burrage lo aterrizzaba cada minuto de vida que le deparaba el futuro en este mundo. Gregory, por su parte, volvió a chuparse el dedo y se pasaba el día entero tirado delante del televisor, y por la noche, cuando se terminaba la programación infantil, se echaba a llorar. A veces se quedaba dormido viendo *El barrio del señor Rogers* y daba ronquidos diminutos. Cuando por fin Burrage acabó de trasladar todos los juguetes de su sobrino al complejo de apartamentos de Ann Arbor donde vivía, Gregory se instaló con él. Seis meses después, la madre de Burrage vendió su casa y se mudó a Arizona, un poco trastornada, pero capaz aún de valerse por sí misma.

Al cabo de unas semanas, Gregory dejó de preguntar cuándo volvían su mamá y su papá, pero la televisión le interesaba más que nunca, sobre todo los dibujos animados y las retransmisiones de los oficios religiosos. Le explicó a Burrage que la gente en la televisión rezaba, y quería saber cómo se hacía. Era

la primera cosa que le pedía que no tuviera que ver con vestirse, ir al cuarto de baño o comer. Burrage no se había criado en un ambiente religioso, no sabía nada de rezar ni conocía las oraciones, y se lo dijo.

—Quiero aprender —dijo Gregory—. En la tele todo el mundo reza. ¿Qué hay que hacer?

—No lo sé —le dijo Burrage—, pero prueba esto: arrodíllate junto a tu cama por la noche, baja la cabeza y cierra los ojos. Piensa en las cosas que te hacen feliz. Eso es lo que la gente suele hacer cuando reza. —Guardó silencio. Al cabo, le preguntó—: ¿Por qué quieres aprender?

—A lo mejor ayuda —dijo Gregory.

Así fue como a Burrage se le ocurrió la idea de la astrología y los horóscopos. En un momento en que creía que no tenían nada en común, cayó en la cuenta de que Gregory y él cumplían años en mayo, y los dos eran tauro. Una noche en que Gregory estaba hecho un ovillo en su esquina del sofá viendo la televisión mientras él leía el periódico, encontró una columna de astrología y leyó la entrada de Tauro en voz alta: «Demuestra más confianza en ti mismo y otros prestarán más atención a tus ideas y comentarios. No puedes manejar un proyecto en solitario. Comparte el trabajo... y la gloria». Al principio Gregory no dijo nada, como si no le hubiera prestado atención, pero luego se volvió a Burrage y preguntó:

—¿Qué era eso?

Burrage le explicó que era el destino que le esperaba al día siguiente, porque la mujer que escribía aquellas cosas era una especie de adivina, y la gente creía que esa mujer veía el futuro y sabía lo que iba a pasar.

—¿Cómo? —preguntó Gregory—. ¿Cómo lo sabe?

—Es una ciencia que se llama astrología —dijo Burrage—. Se basa en las estrellas y los planetas. La gente cree que los planetas tienen fuerzas misteriosas, hacen que pasen cosas. Aquí



dice que deberías compartir tus juegos mañana en el colegio, ser amable y no acapararlo todo, y no tener miedo. Sobre todo, dice que no hay que tener miedo.

—Yo no tengo miedo —dijo Gregory sin apartar los ojos del televisor.

—Ya lo sé. Pero aquí dice que las estrellas te ayudarán a no tener miedo.

—Ah, vale —dijo Gregory.

En Ann Arbor, una ciudad con apego por los libros, Burrage no tuvo dificultad en encontrar una guía de astrología en rústica. La que eligió tenía en la cubierta una estrella amenazadora a punto de explotar, que tanto podía ser una gigante roja como una especie de símbolo arcano. Al ir a la caja a pagar le dio un poco de vergüenza parecer un individuo con problemas emocionales que intentaba curarse por su cuenta, pero el dependiente no dio muestras de interesarse mucho por los libros que compraba. Llevó el libro al coche, fue a la guardería a recoger a Gregory, y de ahí a casa. Aquella noche, cuando Gregory se durmió, leyó el libro de un tirón y acabó abatido por su complejidad. Hacer la carta astral de Gregory llevaría algún tiempo. Al día siguiente, en el banco, dedicó quince minutos de la hora del almuerzo a leer pasajes relevantes del libro, que había metido en el maletín, y a la noche siguiente empezó a montar la carta astral en la mesa de la cocina.

Sol en Tauro: constructivo, práctico y realista. Burrage anotó el signo terrestre de Gregory, propicio para granjeros y personas tenaces con virtudes domésticas. Hitler, según le informó el libro, era tauro, al igual que Walt Whitman. Desalentado, siguió leyendo. Cuando Gregory nació, la luna estaba en Cáncer: «Tendrás un fuerte vínculo con tu madre. Eres bueno en el arte del camuflaje. Tienes talento para las imitaciones». Ascendente o signo creciente: Géminis. «El ascendente Géminis tiene especiales problemas con los banqueros y los dependientes».

Burrage leyó la frase otra vez: *El ascendente Géminis tiene especiales problemas con los banqueros y los dependientes*. Continuó. «Quizá tengas varios trabajos a la vez. Probablemente te divorciarás. Puede que pierdas a tus hijos». Burrage no fue capaz de encontrar el signo de Gregory para Mercurio; el proceso era demasiado complicado. Hojeó el libro buscando el signo de Venus en el horóscopo de Gregory, que resultó ser también Géminis. «Venus en Géminis hace de ti una persona simpática, sociable y tranquila». El resto de la descripción solo atañía a los adultos. En cuanto a Marte, estaba en Leo cuando nació Gregory: «Eres cordial, pero tiendes a pensar en ti mismo más de la cuenta y a ver la mayoría de las cosas según tu conveniencia. Puedes ser propenso a hacer un mundo de cuestiones sin importancia».

—¿Qué es eso? —dijo, surgida de la nada, una voz a espaldas de Burrage. Se volvió y vio a la señora Schultz, fisgoneando en la carta astral. Llevaba unas tijeras de podar con las hojas recubiertas de barro reseco.

—¡Señora Schultz! Es un horóscopo. ¿Cómo ha entrado?

—Andaba en mis cosas. Pensaba que esta era mi casa. Como la puerta no estaba cerrada con llave, he entrado. Este sitio me confunde, porque todos los dichosos edificios son iguales. —Observó la mesa con una expresión afligida pero llena de curiosidad—. ¿Así que un horóscopo? Creía que eras un adulto.

—Soy un adulto. Lo estoy usando para Gregory. Lo necesita.

La señora Schultz articuló un sonido que tanto podía ser un carraspeo como una carcajada o una tos. Burrage optó por no preguntar.

—En ese caso —dijo la anciana—, no te entretengo. Me voy a casa, y esta vez no hace falta que me acompañes. Encontraré el camino sola, sin horóscopo. ¿Qué es esa música?, ¿Glenn Miller? Vaya, eso me devuelve a la flor de la juventud. —No se marchó arrastrando los pies, sino levantándolos con aire fanfarrón. Burrage la vio desaparecer por el pasillo y salir dejándose la puerta abierta. Volvió al trabajo.

La carta astral que Burrage compuso para Gregory presentaba a su sobrino como una persona de carácter más bien voluble y escindido, con una tremenda necesidad de estabilidad doméstica. Sin embargo, los signos planetarios eran un poco obtusos, cuando no contradictorios, de modo que Burrage les inyectó fuerza. Donde encontraba indecisión o derrotismo, lo sustituía por resolución y buena estrella. En lugar de trauma y pérdida, escribió palabras como «suerte» e «inteligencia». Al principio pensó que así el horóscopo ya no servía para nada, pero luego se le ocurrió que si realmente los astros ejercían alguna influencia, lo influían a él en ese momento para alterar el plan de vida de Gregory: ese era su designio.

Colgó la carta astral de Gregory en la puerta de la nevera. Encima de la esfera con los signos del zodiaco escribió las virtudes de Gregory en azul y amarillo. A lo largo de la semana fue explicándole a Gregory la carta y lo que decían los planetas sobre su futuro. Le leyó cada una de las palabras y le explicó lo que significaban. Al principio Gregory no hizo ningún comentario, pero una mañana le preguntó a Burrage si podía llevarse el horóscopo a la escuela y, cuando le dio permiso, metió la carta en su mochila del Llanero Solitario. Por la tarde, mientras volvían a casa en el coche, dijo que casi todos los otros niños querían que Burrage les hiciera un horóscopo, pero él solo quería que se lo hiciera a Magda Brodsky.

—¿Quién es Magda Brodsky? —preguntó Burrage.

—Alguien —dijo Gregory—. Va a mi clase.

—¿Es amiga tuya?

—Supongo.

—¿Cómo es?

—Simpática.

—Sí, pero ¿cómo es?

—Ya te lo he dicho, es simpática.

—¿Es tu amiga?

—Supongo. No habla mucho.

—¿Cuándo es su cumpleaños?

—Se lo pregunté. Dice que el 4 de julio.

—¿Tiene la misma edad que tú?

—Sí.

Esta vez Burrage no consultó el libro, aunque fingiese hacerlo cuando Gregory merodeaba por allí. Dibujó la esfera, trazó los símbolos zodiacales en los cuadrantes y, a continuación, escribió las virtudes de Magda Brodsky en color verde y naranja. Fue como elaborar un calendario sin tener en cuenta fechas reales o días de la semana. Burrage decidió que Magda era valerosa, clara y seria en sus propósitos. Además era cariñosa, ágil, sensata y generosa. Los adjetivos acudieron a él con facilidad. En la parte superior, Burrage hizo un dibujo de Saturno y alrededor puso varias estrellas de cinco puntas. Le dijo a Gregory que le diera la carta a Magda, tras enseñarle las palabras que había y su significado. Al día siguiente Gregory se la llevó a la escuela.

Por la noche, después de cenar, llamó la madre de Magda. Burrage era subdirector de una sucursal bancaria, así que esperaba la llamada, y creyó que podría manejar el asunto sin problemas.

—¿Señor Birmingham? Soy Amelia Brodsky. —Tenía una voz agradable y resuelta—. Mire, no quiero molestarle, pero Magda ha traído a casa un papel de la escuela, y dice que se lo ha dado Gregory. Quiero que sepa que no tengo nada que objetar, incluso le diré que esta tarde parecía otra, se ha portado como un angelito. Solo quiero saber de qué se trata. ¿Lo ha hecho usted? ¿Puede explicármelo?

—Imaginaba que iba a llamarme —dijo Burrage—. Verá, es su horóscopo, aunque debo advertirle de que no es nada preciso. Me explico: hice una carta astral para mi chaval, con la idea de infundirle un poco de confianza, y la llevó a la escuela. Al volver a casa dijo que su amiga Magda quería una, así que hice esa para ella.

—Vaya. —Pese a su discreción, la señora Brodsky parecía sorprendida—. Verá... —dijo, pero dejó la frase en suspenso.

Volvió a intentarlo—. Verá, no es que crea que un pequeño jueguito vaya a hacer ningún daño. —Hizo una pausa—. ¿A qué se refiere cuando dice que no es preciso?

Burrage sonrió y tardó un momento en contestar.

—Simplemente dibujé algunos símbolos del zodiaco y encima escribí unas cuantas virtudes. No es preciso, porque no comprobé el almanaque para buscar sus signos astrales. Me limité a anotar algunas virtudes que pensé que le haría gracia tener. A su hija ni la conozco. El niño me pidió que lo hiciera para ella, como un favor. Espero que no le importe.

—Bueno, supongo que no. No estoy muy segura, porque no creo en la astrología para nada. A decir verdad, va en contra de mi disciplina. Soy bióloga profesional. —Dijo la última frase como si fuera una revelación asombrosa, deteniéndose entre palabra y palabra.

—Bueno —dijo Burrage—, tampoco yo creo en la astrología, y trabajo en un banco.

—Si no cree, ¿por qué lo hace? —preguntó la mujer.

Burrage se había tomado una copa en previsión de aquella llamada, y seguramente por eso dijo:

—Estoy intentando aprender a ser padre.

Al parecer, la respuesta fue demasiado para la señora Brodsky, quien se apresuró a darle las gracias por la aclaración y colgó.

Esa misma semana, sentado a oscuras en la habitación de Gregory, con un cigarro en la mano mientras a su lado sonaba de fondo el *Chattanooga Choo-Choo* de Glenn Miller, Burrage empezó a contar uno de los cuentos del conejito.

—Había una vez un conejito que vivía con su mamá y su papá en una madriguera, al final del gran bosque verde. —Todos los cuentos del conejito empezaban con esa frase, más allá de la cual Burrage se adentraba en el pavoroso territorio de la improvisación—. Un día, el conejito iba dando saltos por el

sendero del bosque, cuando se encontró con su amigo el puercoespín. El viento soplaba, así. —Burrage imitó el sonido del viento, exhalando el humo por la boca—. El conejito y el puercoespín echaron a andar juntos por el sendero, observando las ramas que los saludaban al pasar, cuando de pronto el conejito se cayó en un agujero. Era un agujero profundo que el conejito no había visto, porque iba mirando las ramas mecidas por el viento. «¡Ayuda! —gritó— ¡Ayuda!».

—Tío Burrage —dijo Gregory.

—¿Qué?

—No quiero que me cuentes más cuentos del conejito.

—¿Ninguno, o solo este?

—Ninguno. —Se acurrucó pegando más la cara a su dragón de peluche—. Dime mi horóscopo.

—Mañana hará calor —dijo Burrage, que había visto el pronóstico del tiempo—. Será un día de primavera precioso. Pronto llegará el verano y podrás jugar fuera. —Burrage se detuvo, y al cabo añadió—: Aprenderás a nadar y darás paseos en bote.

Los ojos de Gregory se abrieron de golpe.

—Quiero dar un paseo en bote.

—¿Cuándo?

—Ya.

—¿En qué clase de bote?

—Me da igual. Quiero dar un paseo en bote. ¿Puede venir Magda?

—¿Quieres dar un paseo en un bote de remos?

—Claro. ¿Puede venir Magda?

—El sábado que viene —dijo Burrage—, si hace buen tiempo. Tendrás que acordarte de invitarla.

—No te preocupes —dijo Gregory.

Diez días después, Amelia Brodsky pasó puntualmente a las nueve de la mañana a dejar a Magda. Redujo las cortesías al mínimo. Dijo que no podía quedarse a charlar porque iba al mer-

cado de los granjeros. Abrirse camino entre el gentío era una lucha. Cuando le preguntó a qué lago iban, y Burrage le dijo que al de Cloverleaf, la señora Brodsky asintió y comentó que en ese puesto los botes de remo sí tenían chalecos salvavidas, y sin más dio un beso a Magda y se marchó en la *pick-up*. Burrage se alegró de verla marchar: medía más de metro ochenta y llevaba en la blusa una chapa con un eslogan que no había alcanzado a leer.

Magda lo estudiaba con recelo. Era una niña menuda, pequeña incluso para su edad, con el pelo muy rizado y unos ojos castaños inteligentes a los que no se les escapaba nada. Llevaba vaqueros y una camiseta rosa con el lema «Di cosas buenas de Detroit» estampado debajo de un arcoíris. Gregory y ella se montaron en el asiento trasero, se susurraron algo y luego se quedaron callados. Burrage se volvió a mirarlos.

—¿Lo tenemos todo? —preguntó, con un ligero temblor en la voz—. ¿Chaquetas, gorras, tentempiés, zapatos? —Esa lista hizo que se diera cuenta de lo nervioso que estaba—. Antes de ponernos en marcha, ¿alguien necesita ir al lavabo? —Los niños negaron con la cabeza—. Perfecto —dijo—. Vamos allá.

Dejó caer el coche por la rampa hasta la calle, donde casualmente estaba la señora Schultz, con una expresión un poco más ausente que de costumbre.

—¿Adónde vais? —preguntó por la ventanilla abierta del conductor.

—A dar un paseo en bote —dijo Burrage.

La mano derecha de la señora Schultz se agarró al tirador de la puerta del coche.

—Dejadme acompañaros —dijo.

—Que venga —dijo alguien atrás.

Era Gregory. Burrage se volvió a mirarlo.

—¿La señora Schultz? ¿Quieres que la señora Schultz venga con nosotros a dar un paseo en bote? —Gregory y Magda asintieron a la vez—. Esta sí que es buena —dijo Burrage en voz alta, antes de contestar a la señora Schultz—. Supongo que

puede acompañarnos, si quiere. ¿Lleva ropa adecuada? ¿Ha cerrado la casa?

—Qué más da. —Rodeó el coche, se montó en el asiento de copiloto y cerró con un portazo fortísimo—. Por mí ya pueden robarlo todo, que no me importa. Quiero dar un paseo en bote. En marcha.

Magda se pasó los diez minutos del trayecto en coche hasta el lago callada, aunque asentía con la cabeza si Burrage o Gregory le preguntaban algo. Entre tanto, en el asiento delantero la señora Schultz contemplaba el paisaje con los ojos bien abiertos, como si nunca hubiese montado en automóvil. Iba dando sus opiniones.

—Qué bien que sea sábado —dijo—. Si fuera un día de diario me perdería las telenovelas. —Dejaron atrás un depósito de agua—. No había visto nunca uno de esos chismes. —Burrage contestó con un gruñido. La señora Schultz se volvió de pronto hacia él y le preguntó—: ¿Qué dice el horóscopo para hoy, Burrage?

—Será un día estupendo. Es un día estupendo. Buen tiempo. No hay de qué preocuparse.

—¿Y nada de sucesos?

—No. Completamente descartados los sucesos.

—Menos mal. —Respiró hondo—. Ya estoy mayor para esas cosas.

Cuando llegaron al lago, Burrage pagó la entrada al parque estatal, que incluía acceso a la playa y la zona de los botes de recreo. Los dos niños y la anciana no parecían especialmente ilusionados; nadie anunció que ya habían llegado. Todos salieron del coche en silencio, como contagiados por el olor a humedad vegetativa del lago.

—¿Alguien tiene que ir al cuarto de baño? —preguntó Burrage otra vez, sin olvidarse de coger del asiento trasero la bolsa con el tentempié. Todos negaron con la cabeza—. Bueno, pues vamos —dijo, y caminaron hasta la caseta de los botes. La



señora Schultz iba delante, Gregory agarrado de la mano de Burrage, y Magda de la mano de Gregory.

El chico del puesto, que estaba escuchando la radio con un transistor y llevaba una camiseta de la laguna Estigia, les colocó los chalecos salvavidas; el que más costó fue el de la señora Schultz, por su artritis. Concluida la tarea, el chico bajó al embarcadero y arrastró un bote de aluminio hasta los escalones de obra de la cara norte del embarcadero. Magda y Gregory se sentaron en la proa, la señora Schultz atrás y Burrage en el medio, para hacerse cargo de los remos.

—Tienen una hora —dijo el chico, rascándose el pecho—. Si tardan más no pasa nada, pero habrán de pagar el tiempo extra cuando vuelvan. —Burrage asintió al tiempo que levantaba las palas—. ¿Sabe remar?

—Desde luego —dijo Burrage—. Suelta amarras.

El chico soltó el cabo y dio un empujón al bote.

—*Bon voyage* —dijo, levantando la pierna para rascarse el tobillo.

Burrage vio alejarse el embarcadero. La señora Schultz observaba algo a lo lejos y olisqueaba el aire. Magda y Gregory miraban el agua.

—¿Cuánto queréis que nos alejemos? —les preguntó Burrage.

—Hasta la mitad —dijo Gregory—. Quiero ir al medio.

—Sí, eso estaría bien —dijo la señora Schultz—. Vayamos al centro del lago.

—De acuerdo —dijo Burrage, sintiendo una ligera molestia en los hombros—. Si alguien quiere picar algo, hay galletas saladas y otras cosas en la bolsa. —Dejó de remar con la mano derecha para señalar la bolsa, y el bote viró en el agua.

—Va, no hagas eso —dijo Gregory—. Rema y ya está.

—Sé amable —le dijo la señora Schultz a Gregory—. Procura siempre ser amable.

Al igual que el resto de los lagos del sur del estado, Cloverleaf era poco profundo y no tenía más de seis millas de perímetro. Todas las casas de la orilla, en su mayoría casitas de vera-

neo, se veían perfectamente. Soplaban una brisa suave del oeste. Con el cielo azul y una temperatura de poco más de veinte grados, Burrage sintió mientras remaba que el corazón se le desprendía del pecho y que la tibieza del día lo recorría por dentro. Vio que había varias familias chapoteando en el agua. Sonrió, y advirtió que la señora Schultz también sonreía.

—Avisadme cuando estemos en medio del lago —dijo Burrage—. Que alguien me diga que hemos llegado.

—Yo te avisaré —dijo Magda. Era su primera frase completa del día.

—Gracias, Magda —dijo Burrage, volviéndose a mirarla. La niña tocaba el agua con las yemas de los dedos.

Al cabo de cinco minutos Magda rompió el silencio.

—Ya estamos —dijo.

Burrage levantó los remos y dejó escurrir las palas antes de meterlos en el bote. En la orilla sur del lago, alguien con un salvavidas azul hacía esquí acuático. Gregory había metido la mano en el agua y tarareaba una canción de la cinta de Glenn Miller, mientras que Magda escrutaba las profundidades con la cara a menos de un palmo de la superficie.

—Veo un monstruo ahí abajo —dijo. Nadie pareció sorprenderse—. Tiene el cuello largo y la cabeza fea.

—Un reptil —dijo la señora Schultz, asintiendo—. Como el del lago Ness.

—A lo mejor muerde —dijo Gregory—. Ten cuidado.

—Puede que algunos monstruos marinos no se hayan extinguido —dijo Burrage—. Pasadme las galletas, por favor.

—Ahora, cuando coja yo —dijo la señora Schultz, con la mano metida en la bolsa. Olfateó de nuevo el aire—. Creo que nunca he visto monstruos marinos, por lo menos tan en el interior, pero he oído hablar de ellos. —Guardó silencio. Al cabo, dijo—: Me gusta este lago. Es bonito.

—Se me ha posado un bicho —dijo Magda, quitándose algo de la camiseta con un dedo—. Ya está. Ha volado.

—Pasadme una galleta —dijo Gregory—. Por favor.

—Mirad aquel que hace esquí acuático —dijo Burrage—. Es muy bueno.

El bote empezó a moverse a la deriva, empujado por la brisa. Gregory mordisqueaba una galleta salada, y Magda había vuelto a meter los dedos en el agua y experimentaba con el movimiento de las olas. La señora Schultz se había sacado un pañuelo de la manga y se lo había colocado en la cabeza, era de imaginar que para minimizar el riesgo de insolación.

—¿Alguien quiere algo? —preguntó Burrage, sintiéndose magnánimo.

—No —dijeron los tres.

—Y no me preguntes si tengo que ir al cuarto de baño —protestó la señora Schultz—. Con una vez basta. —Hizo una pausa antes de decir—: ¿Sabéis que mi abuelo tenía tierras, un poco más al norte? Era escocés, y el sueño de su vida era nada menos que tener un campo de golf. Pensaba hacerlo con lomas y todo. Pero por alguna razón, no pudo ser. En lugar de eso aprendió a tocar el oboe, y era capaz de hacerlo tumbado boca abajo en una hamaca, en verano. Tenía los pulmones de un niño de siete años. —Miró a Burrage—. Él nunca fumó puros.

—¿Qué es eso? —preguntó Magda. Señalaba con el dedo hacia la orilla.

—¿Qué es qué?

—Eso —dijo, sin dejar de señalar—. El humo que hay allí.

—Será una barbacoa —dijo Burrage—. Alguien está haciendo hamburguesas a la parrilla; de ahí viene el humo.

—Cocinar a la parrilla es malo para la salud —dijo la señora Schultz—. Demasiado carbono. Cáncer.

—¿Dónde está la parrilla? —preguntó Magda—. No la veo.

Todos se volvieron a mirar. A lo lejos se levantaban finas columnas de humo, que tanto podían salir de detrás de la casa como de las proximidades. Era una construcción sencilla de color blanco, en la que no se apreciaban más características que lo que parecía un porche cubierto.

—¿Se está quemando la casa? —preguntó Magda.

—No —dijo Burrage—. No se está quemando. Solo están asando unas hamburguesas en la parrilla. —Procuró no gritar—. Hoy es sábado, la gente se pasa el día haciendo hamburguesas. —Ahora que había más humo, creyó que debía levantar un poco la voz—. No os preocupéis.

—Tal vez deberíamos acercarnos con el bote —sugirió la señora Schultz. El pañuelo revoloteaba al viento y le temblaba la cabeza.

—No —dijo Burrage—, de ninguna manera. Los niños deben mantenerse lejos.

—Mira —dijo Gregory—, qué pequeñitos son.

—¿Hay alguien dentro de la casa? —gimoteó Magda, haciendo pucheros—. Espero que no haya nadie dentro. ¿Y si hay alguien?

—¡No hay ningún fuego! —gritó Burrage, incapaz de contenerse—. ¡Solo están preparando la comida! ¡Si hubiera un incendio se verían llamas!

Siguieron mirando en la misma dirección, mientras el bote los mecía suavemente. Un pez saltó detrás de ellos y, al caer, chasqueó en el agua. La brisa trajo olor a humo. Burrage se dio la vuelta y miró hacia la orilla de enfrente, donde el chico del puesto de los botes estaba sentado con los pies encima del mostrador. Gregory agarró a Burrage de la mano.

—Ayer no sabías que iba a pasar esto —dijo el niño—. No estaba en el horóscopo. Papi, Magda está llorando.

—Ya lo sé —dijo Burrage—. Enseguida se le pasará.

—Quiero saber si hay alguien en la casa —lloriqueó Magda. La señora Schultz empezó a murmurar y mascullar entre dientes—. Quiero saberlo —repitió Magda.

De pronto la señora Schultz se quedó mirando a Burrage fijamente.

—Dijiste que no habría sucesos —le dijo, señalándolo con gesto acusador—. ¡Maldita sea, dijiste que no iba a pasarnos nada, y mira! —La anciana estaba gritando—. ¡Mira todo ese humo y el incendio!

Con el dedo acusador en alto, señaló a Burrage, luego a Magda y a Gregory.

—Señora Schultz, por favor, no hable así —le rogó Burrage—. Hay niños delante.

—¡Es un incendio! —repitió la mujer.

Y entonces le dio la espalda, se inclinó hacia la superficie del lago y, juntando las manos a modo de cuenco, se empapó la cabeza. El agua le resbaló por el pelo canoso y arrastró el pañuelo hasta el borde del bote. Se inclinó otra vez y volvió a mojarse la cabeza. Los niños y Burrage siguieron observándola mientras metía las manos en el agua una y otra vez y se empapaba el pelo, la piel y la ropa, como si dedicara un gesto formal a los accidentes de la vida, que en su monótona regularidad la habían llevado a estar como estaba.